

LA PRINCESA DE LOS OJOS TRISTES

–Bueno María, cuénteme ¿cómo es eso de que cantaba en una orquesta de música y de que conoció a la princesa Soraya de Persia?

–No me llames de usted hija que me haces vieja. Sí, es cierto que la conocí. De joven daba clases de canto y me gustaba tanto, que me uní años más tarde a una orquesta de música, nos volvimos muy conocidos ¿sabes? Aunque tuvimos que marchar al extranjero. Mi familia puso el grito en el cielo, pero gracias a ese viaje mi destino me llevó a vivir la historia que vengo a contarte. Nuestro encuentro no fue más que un capricho del destino, cuando nos propusieron tocar en el gran baile “Blanco y Negro” que ofrecían los emperadores de Persia con motivo de la despedida de la princesa Soraya. Corría el año 56 o 57, mi memoria ya no es tan buena como antes. Entonces tenía yo 27 años y hacía más de tres que me había unido a una banda de salsa que dirigía un conocido mío. En aquella época no estaba bien visto que una mujer se dedicara al mundo del espectáculo, y qué decir si además pertenecías a la clase alta de una ciudad pequeña y llena de prejuicios morales. No olvidemos que se trataba de la España de Franco.

Por aquel entonces nuestra banda había conseguido hacerse un nombre en el panorama internacional, evidentemente, España tal y como estaban las cosas no era el mejor escenario para actuar. Así que anduvimos de gira por Europa. La ocasión surgió cuando nos hallábamos en Teherán, contratados por el Trust del caviar. Una llamada telefónica nos anunciaba que formaríamos parte del elenco de artistas que tendrían el honor de tocar en el palacio del Sha de Persia. Poco podía imaginar entonces que asistiría allí al episodio más triste de mi vida.

Casi sin darnos cuenta llegó el día en que nuestros acordes inundaban el gran salón del palacio Blanco donde se dieron cita las personalidades más ilustres y destacadas de la sociedad y de la realeza persa. Todo allí irradiaba glamour y belleza, por donde miraras, el lujo y la elegancia protagonizaban la velada. Las damas, ataviadas todas ellas de blanco, lucían sus mejores joyas mientras que los caballeros mostraban sus galones e insignias bajo un fondo negro ébano. De pronto, la multitud se fue apartando formando un pasillo y, ante nosotros, radiante y vestida de blanco, hizo su aparición la mujer más bella que jamás vieron mis ojos. Soraya lucía más hermosa que nunca acompañada de su esposo el Sha de Persia. Ésta sería la última vez que los veríamos juntos –como Soraya no pudo darle hijos, su marido, Reza Pahlevi, no tuvo más remedio que repudiarla–.

Fue muy triste, mientras cantaba podía ver sus ojos, y los de su esposo llenos de pena. Al Sha le costó mucho tomar esa decisión, se pensó incluso abdicar para poder vivir junto a la mujer de su vida y la única que ocupaba su corazón pero, niña, las madres a veces pueden sobre los sentimientos, sobre todo si el peso de la responsabilidad del imperio recae sobre tus hombros.

Nuestras canciones eran alegres y llenas de ritmo, todos en la sala parecían divertirse, bailaban y cantaban ajenos a aquel momento, a aquel episodio tan desgarrador. ¿Acaso era yo la única que se daba cuenta de la realidad? En sus ojos se veía la pena con que tan estoicamente aceptaba el futuro que se le deparaba y nadie parecía darse cuenta. Recuerdo también cómo se miraban, podría incluso dar fe de lo que la quiso el Sha, pues en su rostro no hallé más que dolor y amor.

Todavía recuerdo las palabras de Soraya en un periódico años después de su ruptura “Lo amé desesperadamente, pero al final venció la razón de Estado”, y es cierto, su amor se podía oler en la atmósfera de aquella sala de baile llena de lujo y joyas.

Recordar, compartir, aprender

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

La primera vez que ví a Marisa fue una tarde de abril en la recepción de su residencia de Alicante. Tras unos minutos de espera hizo su aparición, vestida con tonos claros y con una mirada desconfiada ante la extraña que tenía ante sí. Nos presentamos y en escasos minutos, una sonrisa picaruela suplantó la mirada reprobatoria iluminando su rostro.

Marisa es una señora de 86 años de edad pero con alma de 25. Es increíble la fuerza que tiene su personalidad, enseguida me cautivó. Su relato se volvía cada vez más interesante, tanto, que temía la hora de la despedida. Ha viajado por infinidad de países de hecho, no pongo en duda que se haya recorrido los cinco continentes puesto que cada nueva cita con ella viene acompañada de una historia más emocionante que la anterior.

Cuando le pregunto qué consejo podría darme, mi nueva amiga no lo duda un momento: “viaja, viaja niña no seas tonta. No dudes ni tengas miedo, la mejor escuela en la vida es la vida misma. Si te quedas en un mismo sitio, tu mirada no cambiará y no verás de lo que eres capaz. Cuando viajas conoces diferentes modos de ver y te pruebas a ti misma y tus límites. Y te das cuenta que tu pensamiento no ha sido siempre el correcto o el único. Viajar te da la oportunidad de ver tu realidad, tu país, tu situación desde otra perspectiva y eso, querida, es lo que te hace crecer”.